

Ayer en calle La Tejera

Al siguiente instante de la fuerte ventolera primaveral, comienza a mirar hacia todos lados porque la sensación inevitable le asciende desde el centro mismo del cerebro. Mira como buscando ayuda. Mira buscando ayuda, pidiendo auxilio con los ojos, con el movimiento constante de los párpados en un mensaje Morse que nadie atina a ver. Se encoleriza, enrojeciendo. Como aquel día en que golpeó a su hermano por quebrantar la privacidad de su habitación mientras se masturbaba. Recuerda, en este momento (y se sorprende por el recuerdo poco oportuno) su rostro carmesí. Recuerda cómo se le pusieron las manos húmedas y la piel caliente, las ganas de llorar atravesándose en la garganta, justo como ahora, con esa sensación de aletargamiento del tiempo, de los segundos moviéndose despacio a través del aire espeso y pesado, densidad tibia; los rayos del sol colándose encarnados a través de los árboles primaverales y esa especie de tos que nace desde el vientre y que no sale por la boca, que juguetea, sin embargo, en el estómago, que se demora en los pulmones pero que no sale, que recorre vértebra por vértebra la columna, sabes, comenzando por el sacro, enredándose en las lumbares, recorriendo en espirales las dorsales, quedándose con dureza en el ascenso desde la decimosegunda a la primera, mientras va provocando un dolor en el pecho, a la altura de la aurícula derecha, un dolor que a él ya le está punzando, incrustándose, sin dejar de sentir ese espasmo interno que no se decide a ser, que sin falta sigue su recorrido hasta llegar a la segunda cervical; en ese punto a él ya le provoca una molestia nueva ahí, en la nuca, y entonces sí, se le ponen los ojos vidriosos. En ese momento, cuando se cree que por fin viene, que ahora estallará el cuerpo en un estornudo estridente, se devuelve, como a él, el malestar por la escalera

de huesitos, se va por las costillas y se incrusta a medio pecho, mas al segundo siguiente ya le vuelve a subir, tomando el curso del esófago.

Él piensa, mientras, en todo lo que ha ocurrido este día y los anteriores, rememora escenas totalmente vulgares de su vida. Se le asoman a la vista todas las imágenes baratas de sus alegrías y de sus sufrimientos; siente, de golpe, cómo ingresan por su boca abierta, por su nariz dilatada, miles de partículas de la primavera. Polen pero también mugre. Polen pero polvo. Polen pero arena de plaza levantada por el viento de hace unos segundos. Polen pero pelo de perro y de gato. Células muertas. Papel picado. Lo siente y no lo puede evitar, porque ahora sí que viene la tos, ahora sí que comienzan a ceder los dolores, las quejas. Sigue, sepa dios porqué, mirando a uno y otro lado, pero nadie pasa.

Busca el sol por un instinto antiguo. Separa aún más los labios porque la expulsión está pronta. Jadea, mueve la cabeza, aletea un tanto con ambas manos, deja caer lo que lleva, se detiene, da un paso, se detiene, los ojos se le están cerrando y caen, libres, las lágrimas que se han amontonado en ellos. Le pica la nariz y la cabeza, un cosquilleo detrás de la frente y entre ambas ventanillas nasales lo desespera hasta el fastidio, en alboroto íntimo, hasta lo negro con trazas rojas y lucecitas. Un pitido agudo le suena en los oídos, chirriar de dientes pero cuáles si con la boca abierta y de pronto más volumen y súbita nada y de pronto ruido. Para volver a nada. Recuerda la vergüenza de haberse visto sorprendido en su onanismo adolescente. Lloriquea, ahora y antes, gime, con los labios bien separados. Entonces la luz del sol y acaso

el estornudo.

Luego, sólo si se quiere, el sonido limpio de un corazón que se detiene.